

Marisol Ortiz de Zárate

**UNA HISTORIA
PERDIDA**

XXXII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

algaida



Un jurado presidido por Clara Sánchez Muñoz y compuesto por Isabel Rivera Manzano, Jan Joscha Finger, Noemí G. Sabugal, Bernardo Pilatti, Isabel Román Román e Isabel M^a Pérez González otorgó a la novela *Una historia perdida*, de Marisol Ortiz de Zárate, el XXXII Premio de Novela Felipe Trigo, que fue convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena.

Primera edición: 2014

© Marisol Ortiz de Zárate, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9877-966-0

Depósito legal: SE-2114-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Jorge y Marina, la inspiración

ÍNDICE

1	11
2	41
3	71
4	95
5	119
6	157
7	191
8	215
9	243
10	269
11	299

1

*He visto a las mejores mentes de mi generación destruidas por la
[locura,
famélicos, histéricos, desnudos,
arrastrándose de madrugada por las calles de los negros en
[busca de un colérico picotazo...*

Aullido, Allen GINSBERG

C UENTAN QUE PRIMERO FUE LA OSCURIDAD, EN LA que surgió la materia; luego se supo de la molécula, el átomo, que se componía de microscópicos elementos, y cuando ya nada podía existir más pequeño los científicos comenzaron a hablar del *quantum*, de las anti-partículas, de la antimateria.

De igual modo, cada historia personal es circular, empieza y acaba en la nada, pero en su recorrido encierra tantas facetas, y cada faceta es a su vez tan poliédrica y fragmentaria que, como la física cuántica, nunca se consigue conocerla en su totalidad inagotable y solo la imaginación, aliada de la memoria, puede, en cualquier caso, rellenarla de sucesos y matices.

Aun así yo podría contarte la verdadera historia de Emma, cuyo nombre no era Emma, pero nunca habló de ningún otro y con ese nombre la recordaremos siempre. Emma, acarreado su pasado por la apabullante megalópolis de Distopía, aferrada a un cuaderno de notas en el que garabateaba esquemas y apuntaba todo con un boli

de propaganda. Parecía una señora solitaria, con cierta demencia que acaso también fuera despiste, pero como el japedónido Prometeo o como el mismo Cristo en la Tierra, tenía una misión. Cuántos de nosotros, en aquel tiempo letárgico en el que los días se sucedían sin provecho, hubiéramos vendido hasta nuestra mezquina alma al diablo por estar en esa misma circunstancia. Ah, pero éramos demasiado vanidosos para admitir que nada más portábamos palabras, palabras ampulosas que formaban ridículas teorías complicadas que Emma después desmontaba de golpe con su sencillez argumental como si fueran un miserable castillo de naipes. Ella, que era una náufraga, llevaba sin embargo un salvavidas a mano para quien lo necesitara y si Lobo pensó que de alguna manera la ayudaba, desde luego que era él el que de la relación salía mejor parado.

Emma Bovary, o Woodhouse, o Goldman, qué más da. Emma. Tan humilde y sabia como un gurú. Todavía Lobo siente puñeteras lágrimas en los ojos cuando la recuerda, pero alto, amigo, su historia no es una patética historia lacrimógena de ancianitas desamparadas, qué va, y si tengo que emplear una palabra única para describirla ésta sería «¡eureka!».

En algún lugar leí: *si no lo cuento lo olvidaré y si lo olvido me quedaré vacío; mas cómo empezar*. Los recuerdos se amontonan en caótico desorden, son muchos, seré quien los desempolvo y seleccione, nunca un cronista; algunos rugen y se revuelven bajo su losa, mi memoria es ángel y demonio a la vez.

Recuerdo, por ejemplo, que el año de Emma tuve una gastroenteritis bestial, me arrastraba de la cama al vá-

ter y del váter a la cama retorciéndome en el pasillo, vomitando bilis cuando ya no me quedaba en el estómago nada que echar. Ese año E.T.A. puso fin a una tregua, nació el Euro como moneda, murió Rafael Alberti, murió Alfredo Kraus... Los serbios liquidaban albanokosovares como quien se carga *zombies* en un juego de Play Station convencional... Estoy hablando de 1999, aquel grandioso año finisecular en el que el mundo entero se preparaba para despedir el milenio. Y por contemplar un momento único del que nadie que estuviera vivo tenía referencias nos dijeron que éramos privilegiados, los reyes de la creación, y nos lo creímos. ¿Te acuerdas? Ahora sé que solo fuimos los cobayas de una ortodoxia propagandista que prometía la felicidad por el camino del progreso, vulgares hormigas evolucionadas en periodo de transición. Pero había personajes en este año farsante y panfletario que se hundían en un agujero de estiércol y de verdad que habrían de luchar con fuerza para salir de él.

Por la época a la que me refiero Emma era ya mayor. Esto quiere decir que la historia podría comenzar mucho antes, pero parece ser que su vida, hasta entonces, no debió de merecer mucho la pena.

Me la imagino por cualquier calle de su ciudad una fría mañana de invierno, una mañana tan desconcertante y oscura como un apagón. Acaba de salir de algún ambulatorio, centro de salud u hospital donde le han diagnosticado una mala dolencia. Han sido largas semanas de observación, de consultas médicas, de pruebas clínicas y tests, de dictámenes equivocados, de tratamientos ensayo, y ahora por fin ella tiene el veredicto en sus manos. Pade-

ce una enfermedad neurológica, degenerativa e incurable. Ha hablado largo rato con el doctor, la enfermedad está en fase inicial, estadio uno lo llaman, y todavía puede hacer más o menos la vida que ha hecho hasta ahora, pero el avance del mal es inexorable.

Emma preguntó entonces al doctor si todo lo que le estaba diciendo era definitivo, si no podía haber algún fallo, alguna confusión. Y el doctor, que no era doctor, sino doctora, aunque académicamente tampoco era doctora sino M.I.R., se levantó de la silla y acercándose a Emma le apoyó una mano en el hombro con afecto. «Una seguridad del cien por cien solo la tendríamos a la muerte, tras la autopsia», le dijo, «pero hemos descartado un principio de demencia senil, por ejemplo, y gracias al escáner se ha eliminado un abanico amplio de patologías: una demencia de origen vascular entre otras cosas. Además los síntomas que tienes son bastante concluyentes. Siempre dijiste que querías la verdad ¿no? Pues ésta es la verdad. Y hay pocas probabilidades de error: psiquiatría y neurología estamos de acuerdo».

Bien, pues ya tenía la resolución, lo que había estado esperando durante meses. Técnicamente era víctima de Pérdida Progresiva de Sinapsis Neuronal, —PPSN, si se acogía a la moderna corriente de siglarizarlo todo—, por mutación de algún gen diabólico e indisciplinado. De ahí sus trabas en los últimos tiempos con el lenguaje, su frecuente dificultad dentro de una conversación para encontrar palabras corrientes que siempre había utilizado, el olvido de su número de teléfono, la ignorancia repentina sobre las cosas recién aprendidas, la torpeza para coser un botón o para decorar una tarta, la pérdida de llaves, de las

gafas o de ella misma alguna vez que tuvo problemas para encontrar el camino de casa. Y lo peor estaba por llegar: olvidaría los actos naturales e inconscientes más simples, como tragar, alcanzaría la más degradante dependencia absoluta y finalmente contraería cualquier pequeña infección que le acarrearía la muerte.

Emma se dirigió a pie hacia su casa. Estaba relativamente lejos pero rechazó coger el autobús. Debía de apurar la autonomía que por tiempo limitado le quedaba. De camino, habiendo decidido instantáneamente lo que iba a hacer con el resto de su vida, entró en la farmacia y pidió su medicación con las recetas que llevaba arrugadas en el bolsillo del abrigo; después al estanco donde compró dos cartones de tabaco para Germán, su marido, y *El País*, también por indicación de Germán, porque la prensa local ya la leía en el trabajo. Más tarde, en el supermercado, encargó una gran cantidad de productos básicos: carne, huevos, fruta, legumbres y variedad de todo aquello que más le gustaba a Germán y que le llevarían a su domicilio a lo largo de la mañana. En casa preparó la comida para Germán, como había hecho asiduamente con regularidad matemática durante los últimos treinta años, cuatro meses y diez días de su vida, mientras él se dedicaba a ganar un jornal excesivo para el burocrático y nada arriesgado trabajo que realizaba como profesor universitario de Derecho Civil, a donde, eso sí, aunque odiaba conducir, tenía que acudir cada día obligatoriamente en coche. Al venirle al pensamiento ese detalle, Emma se dio cuenta de que había ido al médico en el Audi negro que utilizaba para sus desplazamientos urbanos y que luego, al salir, había

olvidado por completo. El coche estaría entonces aparcado bien lejos de casa, donde lo dejó por la mañana, aunque ya era imposible recordar dónde.

Emma sacó de un armario la maleta pequeña que Germán utilizaba cuando hacía viajes de un día o de dos, casi siempre a Madrid, a reuniones de decanos, y la llenó con cuatro cosas indispensables. Si quería coger el próximo tren que salía hacia su recién planeado futuro inmediato, tenía que darse prisa. Y ni siquiera disponía de su viejo Audi para ir a la estación. Antes de salir de casa repasó la biblioteca importante, ordenada, excesiva de Germán, y escogió un libro cualquiera al azar, porque sabía que en los días sucesivos necesitaría llenar su excedente de tiempo libre con algo. Ese libro fue *Madame Bovary*. ¿Que por qué eligió la estantería de literatura decimonónica francesa y dentro de ella, ese título concreto? Aunque siempre hay un motivo oculto que conviene rescatar para los actos que aparentemente resultan reflejos, te respondo lo que seguramente hubiera respondido ella: ni idea.

No dejó una nota de despedida para Germán, ni miró hacia atrás ni una sola vez cuando cerró la puerta que había guardado su intimidad durante treinta años, cuatro meses y diez días. Pero entonces todavía ignoraba que era la última vez que pisaba aquella casa y aquella ciudad en la que, en esencia, nunca fue feliz. Más tarde, durante el trayecto a la estación, las ruedas de la maleta rajarían el mediodía silencioso de unas calles a donde, de igual forma, jamás regresaría.

Acomodada en un asiento del tren, Emma cogió el libro y lo tanteó como si fuera una mercancía al peso: *Ma-*

dame Bovary, leyó, por Gustave Flaubert. Era un libro medianamente grueso y tenía la letra lo suficientemente pequeña como para que Emma tuviera que utilizar gafas. Para su seguridad prendió un cordón a ambas patillas y se las acolloró, desordenando al hacerlo su melena de todavía oscuro cabello; sabía lo importante que era no perderlas. Nada más abrir el libro aparecía una fotografía del autor, serio y abandonado, con su oblongo cráneo pelado y un lacio bigote que le daba el aspecto de un triste bulldog. Por la época en que estaba hecha podía ser una impresión daguerrotipada, o a la albúmina si nos atenemos al color levemente sepia de la imagen. Había también ilustraciones intercaladas entre las páginas. Pertenecían a grabados originales realizados para alguna edición muy antigua de la novela y que se reproducían exactos en la que ahora ella tenía en sus manos. Explicativo. No estaba mal para ser uno de los pocos libros que se decidía a leer en tantos años. Emma se sentía bien. Algo le decía que había hecho una elección acertada, lo cual ya era todo un logro dado el extensísimo número de volúmenes que tuvo a su disposición y el desconocimiento absoluto de la mayoría de ellos.

PRIMERA PARTE. Capítulo primero, leyó Emma, e inmediatamente se encontró sumergida en la lectura. Se iniciaba con una detallada descripción de Charles Bovary, sus orígenes, la influencia de sus padres, su vida hasta que se hizo un joven médico rural, todo ello nada superfluo para el lector si, como parecía, iba a ser el protagonista masculino de la novela.

Y leyó durante todo el trayecto, cinco o seis horas de abstracción en las que abordaba las frases muy despacio.

A menudo repasaba pasajes determinantes y releía párrafos que le parecían extraordinariamente hermosos, apuntando notas en el cuaderno de notas que siempre llevaba consigo y que tenía en la tapa la imagen ambarina de *Virgen con Niño*, de Rembrandt.

Charles se sorprendió de la blancura de sus uñas, leyó Emma. Eran brillantes, finas en la punta, más limpias que los marfiles de Dieppe y recortadas en forma de almendra.

Emma levantó los ojos del libro y los posó distraídamente en cualquier punto indefinido del vagón de tren, que ahora traqueteaba entre los negros muros de un túnel. Era la primera descripción que se hacía de la señorita Emma, recién incorporada al relato y exceptuando la anterior escasa representación de que llevaba una bata de merino azul con tres volantes y de que era joven, qué curioso que Flaubert empezara el retrato por las uñas. ¿Estaba ante un autor original? Podía haberse fijado Charles Bobary, por ejemplo, en su belleza general, si es que la tenía, como era costumbre hacer en las descripciones más extendidas, en si tenía grandes o pequeños pechos, talle de avispa o el cabello corto o largo. Porque lo que sí era cierto es que la señorita Emma y Charles se habían gustado, a pesar de existir ya una señora Bobary, tan fea, seca y mandona como un gendarme de intendencia. Emma deseó profundamente que ese bicho, al que el narrador se atreve a llamar «penco», no fuera la *madame* Bobary a que aludía el título de la novela porque no le parecía un personaje meritorio de semejante rango. Pero afortunadamente algo parecía haber surgido entre Charles y la señorita Emma (por la que Emma ya sentía verdadera simpatía), y

así lo corroboraba la situación siguiente en la que Charles, por casualidad, roza con su pecho la espalda de la joven y ella se agita ruborizada. Emma miró sus propias uñas, muy parecidas a las de la señorita Emma y una corriente de identificación y afinidad hizo que se sonriera. Oh, vaya tontería. Sin embargo su cabello todavía era muy largo y muy negro, como el de la señorita Emma. Y negros los ojos de ambas. Y desde luego también un día fue joven. Aunque acusaba cierta progresiva degradación en su letra, tomó notas de todo esto en el cuaderno de notas, forzosa labor para vencer la degeneración cerebral y el previsible olvido.

Y de pronto, la fea y seca *madame* Bovary se muere. En apenas dos líneas, *¡Qué golpe!* Ahora Charles era libre. Emma dejó traslucir una mueca real de felicidad y regocijo, y aunque al principio el joven viudo acusó la pérdida, *el placer, para él desconocido, de la independencia, le hizo muy pronto llevadera la soledad*, lo que alivió sobremanera a Emma.

In-de-pen-den-cia. Sumergida en el libro, era la primera vez en todas esas horas que Emma se acordaba de Germán, y la ausencia prolongada de ese pensamiento no era en absoluto acostumbrada dado que la vida de ella, durante los últimos treinta o treinta y cinco años había girado alrededor de él como si fuera un inútil y estúpido satélite. Claro que, también era la primera vez que viajaba sola. Según bajó del tren buscó un teléfono público y se puso en contacto con Germán. Primero tuvo que escuchar una prolija retahíla de reproches sobre lo inadmisible de su conducta: que cómo se le ocurría marcharse sin es-

perarle a comer, que por qué no había dado señales de vida hasta ahora, ¿y el teléfono móvil que le regaló hace un mes?, eso, en casa, ahí estaba bien. ¿Y el médico? ¿Ya había ido a la consulta del médico? Y lo peor de todo: ¿qué se le pasó por la cabeza para irse sin esperar al chico del supermercado que había tenido que dejar el pedido en el descansillo, ante la puerta? Cuando Emma por fin pudo hablar le dijo tranquilamente que no se asustara, que estaba bien, mejor que nunca incluso, que tenía que resolver un asunto importante antes de que fuera demasiado tarde, que no podía decirle nada más puesto que no la entendería, que a pesar de la larga convivencia había cosas de ella que él desconocía, y que no regresaría a casa hasta conseguir su objetivo, tardara lo que tardase. Y puntualizó que podía tratarse de días, semanas o meses. No mencionó la recién diagnosticada enfermedad, para qué, los informes viajaron con ella y quedarían olvidados en un bolsillo interior de la maleta. Al otro lado de la línea, Germán, paradigma del comportamiento programado, seguramente pasó por diferentes estados de estupefacción o de asombro pero ahora todo indicaba que padecía los síntomas de un auténtico ataque de pánico y eso tampoco entraba dentro de lo habitual. Aunque lo que no era nada habitual es que Emma tomara decisiones que fueran más allá de las cuestiones domésticas elementales sin consultarle. Alterado, ya no la escuchaba, solo preguntaba dónde estaba, ¡dónde, maldita sea!, y ante la falta de respuesta añadió, irónico, que no iría muy lejos sin él.

«Lo suficiente para que no puedas encontrarme», dijo, serena, Emma.

«¡Estás enferma! ¿Lo sabes? ¡Enferma! ¡Eres una mujer enferma! ¡Y tienes que volver a casa!», se oyó gritar por el teléfono.

Prometiéndole que le llamaría de vez en cuando para que no se preocupara en exceso, Emma colgó con el ceño fruncido. Acababa de recuperar el malestar emocional que como sensación permanente la había acompañado durante los últimos tiempos y que desde sus primeras horas de independencia, cosa curiosa, había desaparecido por completo. Y es que Germán, sin ser un mal hombre, siempre se comportó con ella como un compañero oso en el peor sentido de la palabra, aunque por su complexión corporal, más bien canija, estuviera a años luz de parecerse físicamente a uno. Pero como el oso, Germán, individuo solitario, había establecido su feudo en un biotopo de prensa y literatura en el que gradualmente se apartaba de una sociedad que, como un apátrida capitán Nemo, despreciaba, y esa guarida de exclusión e intelecto solo en ocasiones era compartida con Emma, tal vez para no llegar a la completa escisión con el mundo de los vulgares mortales, al que, muy a su pesar, por cuestiones laborables principalmente, aún pertenecía. Y aunque su misantropía fuera inofensiva en la mayoría de los casos, podía, no obstante, convertirse en todo un plantígrado depredador con ciertos estudiantes rebeldes o con compañeros insubordinados a los que, por su hegemonía de decano, con sus garras dialécticas les despedazaba el cuello, siempre desde la racionalidad, eso sí, solo si estaba convencido de la autenticidad de la causa que defendía. Y también en el sexo era un compañero oso cuyo interés por la hembra solo se mate-

rializaba en un desahogo más o menos esporádico que ni siquiera llegó a concretarse en una misión reproductora. Si eso le afectó o no es algo que se llevará a la tumba.

Te preguntarás si, como el oso, Germán habría peleado con un competidor por el dominio de la hembra: no lo sé, no hubo un competidor, nunca se dio el caso, aunque sospecho que dentro de ese marco de indiferencia construido hacia el género humano, Emma era lo único que le importaba. Como ves se trata de un hombre que primero edificó su santuario, luego entró allí y después cerró la puerta. Pero como había proporcionado a Emma una vida cómoda y monótona, sin altibajos ni sobresaltos, ella consideraba que no se podía quejar. Conocía casos cercanos de mujeres maltratadas, de mujeres engañadas o abandonadas, de mujeres esclavas del hogar, mujeres-mopa las llamaba, y nunca sintió que formara parte de ninguna de esas tribus. Y sin embargo no había sido feliz. ¿A qué grupo de mujeres desdichadas pertenecía entonces?

Lo primero que sorprendió a Emma nada más bajar del tren fue la vieja estación, ahora modernizada y estructurada con estética de aeropuerto. Y eso solo sería el principio. Pegada a la ventanilla del taxi que cogió para ir a su antigua casa, Emma contemplaba la ciudad. Era de noche y unas farolas desconocidas u olvidadas envolvían las calles casi desiertas en una amarilla luminosidad opaca. Qué extraño le pareció todo, casi no recordaba la ciudad en la que pasó los primeros treinta años de su vida y a la que otros treinta había tardado en volver. Estaba informada de

la gran remodelación urbanística que la había transformado completamente unos años atrás, pero nunca pensó que llegara a no reconocerla. Y no sería culpa de la enfermedad, que afecta con enorme saña sobre todo a la memoria reciente, sino seguramente producto de una amnesia selectiva catatímica provocada por la carga emocional que para ella suponía el regreso. ¿El motivo? No le traía buenos recuerdos, así de sencillo, y nadie desea retomar aquello que le ha torturado.

La casa, en cambio, aparentemente estaba igual, como la dejó cuando salió para continuar su vida con Germán en otra ciudad y que había permanecido cerrada desde entonces. Y si se salvó de caer en manos del movimiento okupa me apuesto la jeta a que fue por la actuación de una tía anciana que con un juego de llaves que le dejó Emma recogía la correspondencia, que cada vez era más escasa, propaganda y papelería desechable ya casi siempre, y muy de tanto en tanto ventilaba las habitaciones, abría y cerraba los grifos, taconeaba por el pasillo y eso bastaba para detener el hálito de casa deshabitada que, de otra forma, hubiera espesado, solidificado y fosilizado con el correr del tiempo.

Era una vivienda antigua, grande, de altos techos enjalbegados y balcones con balaustrada de forja. Olía a cerrado y no tenía luz, pero al día siguiente Emma iría a la compañía de la red eléctrica y solicitaría nuevamente el alta. Entretanto se arreglaría con velas. Abrió las persianas de librillo del salón, que crujían atascadas y un neón junto a la ventana que parpadeaba con repetida insistencia proyectó una luz rosa y siniestra. Otra novedad. Pertenería

a algún bar latino o a un pub de samba que hace treinta años desde luego no existía.

A la llama de una vela Emma recorrió la casa. Imposible ignorar los recuerdos: la infancia dulce, la juventud amarga. Su madre encantadora y tirana, su padre desbordado, ineficaz. Una fotografía en marco de alabastro los evoca: ella refinada, de porte aristocrático; él parece un campesino acaudalado. Emma no percibe dulzura en los hermosos ojos claros de la madre ni en la abierta sonrisa que no nace de la bondad; el padre, en cambio, es moreno y amable, viste de *tweed*, se peina a raya y en el oscuro bigote relampaguean las primeras canas. Todo el mundo decía siempre que Emma era igualita que su padre, y el padre, ante eso, se hinchaba con complacencia. En la casa envejecieron y enfermaron y Emma cuidó de ellos hasta que les llegó la hora, los últimos tiempos ya como esposa de Germán. Luego, extenuada, pidió a Germán que la sacara de allí y Germán, que en realidad soñaba con un cambio de destino, accedió.

Si al menos hubiera destruido antes de marchar las posesiones del único cajón con llave que le pertenecía (mínimo reducto de intimidad vetado a su controladora madre), ahora no se vería tentada a abrirlo y a rastrear en él como entre el limo cenagoso de un fangal. Era el primer cajón de un cajonero de palo santo al que su madre, purista en exceso, nunca quiso llamar chifonier porque decía que la palabra *chiffonnier*, por muy chic que resultara, entre otras acepciones tenía el prosaico significado de «traperero». El cajón estaba cerrado pero la llave colgaba de la cerradura y funcionaba con normalidad, otro

punto negativo en la apremiante carrera de recuerdos, donde avanzar deprisa no lo hacían a uno en absoluto acreedor de recompensa.

Dentro del cajón, ordenado, clasificado, estaba todo cuanto físico y material conservaba de Roberto, de su Rob.

Era el otoño del 56, Emma tenía diecisiete años, Rob alguno más, y juntos vivieron el amor. Mientras contempla las fotografías, las cartas, un capullo de rosa disecado, un mechón de pelo envuelto en celofán, todavía Emma no entiende cómo pudieron cruzarse dos caminos tan distintos y brotar algo tan fuerte en el punto de intersección. Más adelante lo comprenderá. Entonces nadie le había hablado aún de que la atracción es un instinto sensorial dirigido por la naturaleza de cada uno, ni del Eterno Retorno, la ley física por la cual la cantidad de materia conocida, que es finita y mutante, tras agotar el número total de permutaciones posibles, para existir en el tiempo infinito debe por fuerza repetir sus mezclas. Aún nada sabía de teorías circulares ni de que el fin de algo que tiene necesariamente que continuar, vuelve a generar su principio. Y es que, como en el ciclo del agua, la historia se repite y el hombre tiende a regresar a sus orígenes.

Posiblemente se conocerían en el entorno universitario cuando Emma era una ingenua alumna de primero de algo y él un merodeador sin estudios ni trabajo, con mucho tiempo libre para dedicarlo a la lectura y la contemplación. Quizás la sedujo con su ideología liberalista, escéptica, atea y *underground* que penetró en su mente, conservadora a fuerza de represión educativa, con la misma suavidad que pasa el hilo por el ojo de la aguja. Rob había viajado por

América durante varios años, vagabundeando y haciendo autostop. Había dormido junto a marginados; había conocido maricas y músicos sin un centavo que esperaban el amanecer en alguna taberna de negros donde, en una vieja gramola, se escuchaba el saxo de Charlie Parker tocando *bebop*; había rechazado el capitalismo esquizofrenizante con una indigencia autoimpuesta; había consumido peyote y mescalina y venía dispuesto a desmitificar el jodido «sueño americano»; era un loco y vivía como tal; sus experiencias arriesgadas, extravagantes, pordioseras, muchas al límite de lo legal, se contaban por docenas. Y Emma pasaba las tardes escuchándole hablar de todas esas cosas, con un vaso de cerveza peleona entre los dedos, arracimada en alguna silla de tijera de cualquier café desconchado y periférico que resultaba cómodo, incluso hermoso, a los ojos de dos idealistas enamorados. Es lógico deducir que en casa de Emma jamás aprobaron la relación; sus prudentes padres pensaban que Rob no era lo que se dice un buen partido y durante el tiempo que se vieron tuvieron que hacerlo a escondidas.

Emma buceaba en el cajón, los objetos herían y acariciaban a un tiempo. Si le hubieran brotado lágrimas, imposible saber a ciencia cierta si eran de tristeza o de emoción. Un libro se le cayó de las manos. Era el *Aullido*, de Allen Ginsberg, último regalo que recibió de Rob antes de que los signos externos de embarazo alertaran a su madre, antes de que intentara llevar a cabo con ella un tardío y temerario aborto fallido, antes de que la casa se convirtiera en la prisión que ocultaría los meses necesarios ante el mundo la vergüenza del ultraje. Se dijo en la

universidad que había contraído un extraño virus contagioso y lo adecuado era que los padres (médico en activo él y enfermera en excedencia ella), se ocuparan personalmente de la niña en lugar de llevarla al hospital. Acosada por la vigilancia materna veinticuatro horas al día, la casa se tornó cárcel: se prohibió llorar en alto, se prohibió salir a la ventana, se prohibieron las visitas, se prohibió telefonar... Fue varón, un chico. Desde la cama con funciones de paritorio Emma pudo verle los genitales antes de que su madre se lo llevara de su lado para siempre. Te puedes imaginar la escena, sería desgarradora, y eso que Emma siempre sospechó que sus padres la sedaron para evitar una reacción histérica. Nunca volvió a ver al niño, ni tampoco a Rob, y Emma no sabía qué le producía más daño, si la separación de su único hijo o la separación de su único amor.

Pero todo había sido en favor de su felicidad —insistía la madre— y, si entonces era pronto para reconocerlo, el tiempo se pondría de su parte y acabaría dándole la razón. Sin la mácula delatora el amor paterno-materno se manifestó más entregado y solícito que nunca; corroída de depresión y congoja, Emma se dejó querer. Un día le presentaron a Germán, que sí era un buen partido.

Emma recogió el libro del suelo. «Sopapeante, nena mía, brutal», recordaba que dijo Rob al entregárselo, «un libro americano prohibido».

Estaba usado, ajado, subrayado; Rob había introducido para ella pétalos de rosa entre las páginas y le había escrito una dedicatoria de amor...

A ver, no te pierdas; necesitaba darte toda esta información para que comprendas lo que vendrá más tarde. Pero ahora olvídate del año 56; estamos en 1999 y Emma ha regresado a la ciudad de su infancia. Tras un par de velas consumidas, ha encerrado los adminículos de su pasado en el cajón y tiene *Madame Bovary* en las manos, agradecida por el recurso que le brinda para poder escapar de territorios tan turbios. Emma se acostó dispuesta a leer un rato. Las próximas páginas prometían porque el tío Rouault, padre de la señorita Emma, estaba celestineando para que su hija y Charles se casaran.

Así que viendo que Charles se ponía colorado cuando estaba junto a su hija, lo cual significaba que uno de aquellos días la pediría en matrimonio, fue rumiando por anticipado todo el asunto. Lo encontraba un poco alfeñique, y no era el yerno que habría deseado; pero tenía fama de buena conducta, económico, instruido, y, sin duda, no regatearía mucho por la dote. Ahora bien, como el tío Rouault iba a tener que vender veintidós acres de su hacienda, pues debía mucho al albañil, mucho al guarnicionero, y había que cambiar el árbol del lagar, se dijo:

—Si me la pide, se la doy.

A Emma le temblaron los labios. Qué materialismo y qué indiferencia colosal por los sentimientos cuando, además, se trataba del futuro de su única hija. Recordó a su madre organizando unilateralmente su matrimonio con Germán y, aunque no puede decirse que no le consultaron su opinión (hasta el tío Rouault lo hizo con la señorita Emma), bien es cierto que a la hora de actuar no siempre uno es coherente con lo que piensa, y quien no haya come-

tido alguna insensatez irreparable motivado por sus particulares circunstancias que tire la primera piedra.

Seguía la descripción detallada de la boda, con la que Flaubert no escatimaba recursos literarios en su forma retórica más característica: enumeraciones, adjetivaciones, comparaciones y metáforas se sucedían ensambladas por verbos copulativos que detenían la acción durante unas páginas en favor de la cromática opulencia descriptiva. Con ello, y tal vez favorecido por la penumbra de la vela, en una ensoñación similar a la que se produce en una duermevela, Emma se sentía transportada al escenario de los Bovary en la campiña francesa más profunda y rural, allí donde las vías de comunicación eran caminos de tierra flanqueados por matas de cardos y transitados por carretas de mulas o carricoches de caballos con postillón, que salpicaban a su paso goterones del eterno barro, allí donde las jerarquías sociales adquirirían calidad de costumbre, dándose la circunstancia de parecerle que el lugar, sin haberlo visitado previamente, no le era ajeno por completo.

Pero qué serio estaba Charles el día de la boda. Y eso que se sentía feliz. Insólito cuando menos, tratándose, como se trataba, de su primer matrimonio por amor. Decididamente *Charles no era de carácter bromista*, leyó Emma, *no se había lucido en la boda. Respondió mediocremente a las bromas, retruécanos, palabras de doble sentido, parabienes y palabras picantes que tuvieron a bien soltarle desde la sopa.*

Un hombre aburrido, pensó Emma. Y un hombre aburrido es un hombre aburrido. No te das cuenta, te casas, te acuestas, y mañana nuevo día.

Pero la señorita Emma se había convertido finalmente en la *madame* Bovary del título y ahora Emma sospechaba con bastante criterio que, como era su deseo, pasaría junto a ella la novela entera.